



SEMANARIO ILUSTRADO

*Redacción y Administración:*

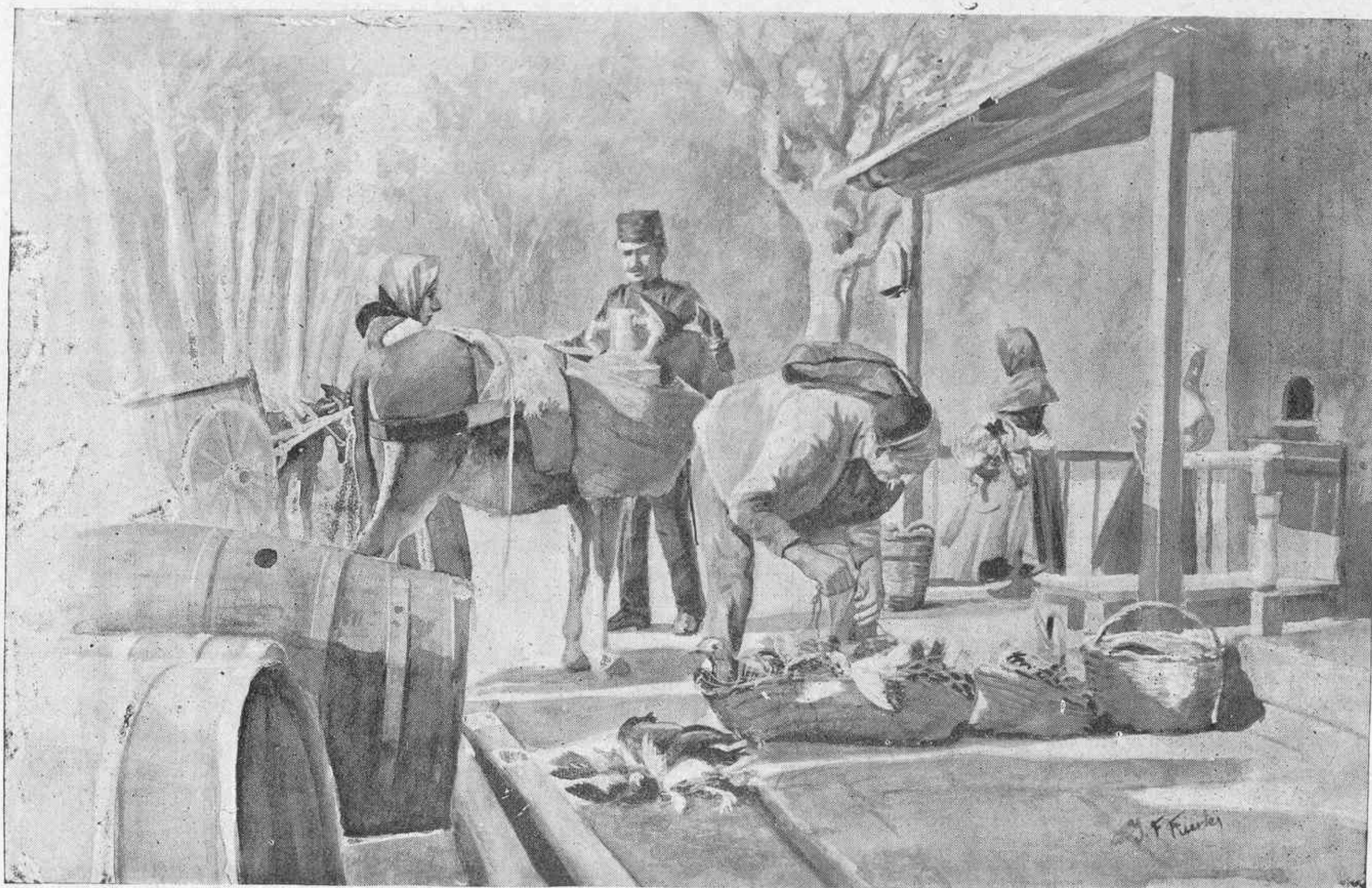
21 — CLAUDIO COELLO — 21

DIRECTOR

**Félix de la Torre.**

*Establecimiento tipográfico:*

20 — CLAUDIO COELLO — 22



EN EL FIELATO

(Dibujo de F. Fuertes.)



## Comentarios

La muerte de Alfonso Daudet, es decir, del novelista más poeta de cuantos han nacido en Francia, no es solamente causa de luto para esta Nación, sino para todos los pueblos latinos de Europa y América. Otros escritores hay en España y Francia (en Italia ninguno) de tan alto mérito como Daudet; ninguno que reúna en su personalidad, mejor que él las reunía, las

cualidades sobresalientes del genio latino. De él podemos decir, como los romanos decían del Mediterráneo: es nuestro, nuestro exclusivamente, y tiene parentesco de sangre con todos los genios de la literatura del Mediodía: con Boccaccio, de quien heredó la gracia y el garbo originalísimo para narrar cuentos y sucesos; con Petrarca, de quien aprendió la delicadeza y sutileza en los asuntos de amores; con los maestros de la novela picaresca, á quienes tal vez, como él mismo confesaba, si no conoció, se los figuraba muy lindamente; por fin, con nuestro inmortal Cervantes, á quien Daudet profesaba una admiración y un cariño que se traslucían en todas sus páginas.



ALFONSO DAUDET

En España, Daudet era considerado como un escritor nacional, y tan leído como los maestros Galdós y Pereda. Nadie supo meterse con más dulzura y suavidad que él en el corazón del público grande; ninguno se hacía querer con más efusivo y familiar afecto. La predilección que por él han sentido el público y la crítica, hace sumamente difícil decir algo nuevo acerca del autor de *Tartarín*. Los personajes de sus obras nos son tan conocidos como los de la obras más populares de nuestra literatura; de ellos se ha dicho ya todo, y no hay para qué añadir vulgaridades. Sólo hay que fijarse en un punto especial: se ha dicho que la obra de Alfonso Daudet tenía menos consistencia, menos valor *arquitectónico*, por decirlo así, que Zola, y esto me parece absolutamente injusto y falto de fundamento. Zola es más grandioso, más épico, ya lo ha dicho todo el mundo; pero Daudet, al fin y al cabo, se llevará la palma por el interés íntimo, personal de sus obras, y por otra virtud verdaderamente estupenda propia de los genios como Cervantes, como Dickens, como Galdós: la de haber acertado con el secreto de lo que se llamaba tragicómico, la de haber penetrado muchas veces en esa región intermedia entre el llanto y la risa, á la cual Zola ni se ha acercado siquiera como escritor rudamente serio y lleno de intenciones doctrinales y de finalidades ajenas al arte puro. Para eso no sirven la potencia imaginativa ni la concepción *miguelangelesca* del autor de *Los Rougon-Macquart*. Á la larga, quien logra conmover, triunfa

siempre sobre quien sólo hace pensar, y el que hace reír con risa espontánea y sana, es decir, no provocada por accidentes circunstanciales ó por varias maneras de artificio que para ello se usan, vence y domina, como Cervantes y Quevedo y otros cien que fuera pedantería citar.

En el espíritu de Daudet parece haberse incrustado aquella profunda copla de mi noble amigo Francisco de la Torre, es decir, de un poeta á quien, por ser como fué, confundieron muchos con el Señor de la Torre de Juan Abad y que decía así:

Solamente el hombre ríe  
y ningún otro animal;  
él sólo ríe, y ninguno  
tiene más de qué llorar.

\*\*\*

En ningún país del mundo está aconteciendo á estas fechas tan gran número de cosas extraordinarias como en el nuestro; en ninguno recibe la sensibilidad del público tan continuados golpes favorables ó adversos.

Terminamos la semana pasada bajo una impresión de regocijo y entusiasmo por los anuncios de la pacificación de Filipinas, que tanta alegría produjeron, y comenzamos la semana actual con la dolorosa noticia de haber sido asesinado villanamente por los insurrectos cubanos el Teniente Coronel de Ingenieros D. Joaquín Ruiz, diputado por las autoridades de Cuba para gestionar la presentación de algunas de aquellas hordas de salvajes sin honor ni conciencia.

Este triste hecho debía constituir una severa lección para quienes hayan olvidado que allí, en los campos de Cuba, han perecido miles y miles de ciudadanos españoles, nobles y valientes, en lucha con aquellos traidores y con el clima, todavía más traidor.

Al mismo tiempo que esa noticia, se recibe el parte narrando la defensa del fuerte de Guamo, por el heroico Teniente Muruzabal y un pequeño destacamento á sus órdenes. Entre todos los cabecillas, ninguno es más repugnante ni más indigno que este canalla sacamuelas que se llama Carlos García Vélez, el cual intentó realizar la grandiosa hazaña de apoderarse, con numerosas fuerzas de Infantería y Artillería, de un fuerte de tablas viejas, defendido por sesenta soldados, y aun así necesitó once días de sitio y cientos de cañonazos... para huir cobardemente en cuanto sintió que se acercaban fuerzas leales.

Prescindamos de todas las consideraciones de patriotismo; desechemos todo entusiasmo *cursi*, como lo califican los seres superiores á quienes importa un bledo que España pierda ó gane; y aun haciéndolo así, ¿no significan nada esos dos hechos: la muerte de Ruiz y la defensa de Guamo? ¿Dónde están los cobardes y dónde los valientes? ¿Dónde los caballeros y dónde los traidores? ¿Dónde la crueldad salvaje y dónde la clemencia? Porque de tanto oír discutir estas cosas, llegamos á perder la memoria y á dudar de que en efecto nos asista la razón. No es una pesadez, no, hay que repetirlo con voces muy altas para que llegue á los oídos sordos de las Naciones egoístas y desalmadas, cuya opinión se forma con mentiras maliciosas, porque la mentira vocea mucho, mientras la verdad permanece callada.

\*  
\* \*

Para ocupar la vacante que dejó en la Academia Española el Sr. Cánovas del Castillo ha sido electo recientemente un hombre de ciencia y de gran mérito: el Sr. D. Daniel de Cortázar, cuyo retrato honra estas columnas.

El Sr. Cortázar es un sabio naturalmente modesto que ha dedicado su laboriosa vida al estudio de la Geología española, acerca de la cual ha escrito obras de importancia y en la actualidad explica un curso en la Escuela de Estudios superiores del Ateneo. El Mapa geológico de España es el resultado de los estudios del nuevo académico.

Muy plausible es que la Academia dé entrada á las especialidades científicas, cuya cooperación es de toda necesidad en la ingente labor del Diccionario. Precisamente, uno de los defectos mayores de éste es la falta ó la mala interpretación de muchos vocablos que ya no pueden calificarse con propiedad de técnicos, dada la difusión que en la cultura moderna tiene la ciencia *práctica*, aplicada á los usos de la vida. Al introducirse estos vocablos en la conversación y en la obra literaria, enriquecen el lenguaje y le hermean, por más que ellos en sí no sean hermosos de ordinario; además, hacen ganar en precisión al idioma y evitan perifrasis y rodeos; son hojas nuevas que brotan en el sagrado bosque de que hablaba Horacio. Claro, que las flores son más bonitas que las hojas; pero de todo ha de haber.

\*  
\* \*

No he de poner la firma sin desearte, lector bueno, felices Pascuas y sin recomendarte la adquisición de varios almanaques que he recibido, entre ellos, el de *La Ilustración Española y Americana*, que es notabilísimo por el texto y por los dibujos; el muy elegante y original de *Barcelona Cómica*, y el de mi particular y querido amigo *Gedeón*, al cual deseo tan buena suerte como á mi propio.

F. NAVARRO Y LEDESMA.



DANIEL DE CORTÁZAR



ENJAULANDO—CUADRO DE C. IBORRA

# LA NOCHEBUENA EN EL MAR

El sol en el ocaso  
lento declina,  
el crepúsculo extiende  
sus vagos tules;  
sobre la costa brava  
va la neblina  
y el mar tiende sus olas  
mansas y azules.

En risas y cantares  
son los primeros,  
que no le aflige el alma  
miedo ni pena,  
y van sobre cubierta  
los marineros  
cantando, porque es noche  
de Nochebuena.

Es espejo del cielo  
la mar en calma  
y es un palio de estrellas  
el firmamento.  
Dulzuras y temores  
llegan al alma  
y tristezas y dudas  
al pensamiento.

Mientras va por las calles  
la turba incierta  
cantando al són alegre  
de los panderos,  
mecidos por las olas,  
sobre cubierta  
van tristes y callados  
los marineros.

—Marinero, ¿en qué piensas?  
Ten calma y ríe.  
—¿Reír? Sería inútil  
que lo intentare.

Mi amor me está diciendo:  
«¡Que Dios te guíe!»  
y su madre me grita:  
«¡Que Dios te ampare!»

El mar, antes dormido,  
se alza enrespado.  
Sobre la costa brava  
clama rugiente.  
No grites ni blasfemes,  
desesperado,  
que te espera un sepulcro  
de espuma hirviente.

No pienses en la madre  
de tus amores,  
ni en la mujer amada,  
que llora y pena.  
¡Alégrate, muchacho!  
Ríe y no llores,  
que es noche de alegría  
la Nochebuena.

Sólo ruidos de muerte  
son los que escuchan;  
no los alegres sonos  
de los panderos.  
¡Protégelos, Dios mío!...  
¡Que solos luchan,  
en medio de los mares,  
los marineros.

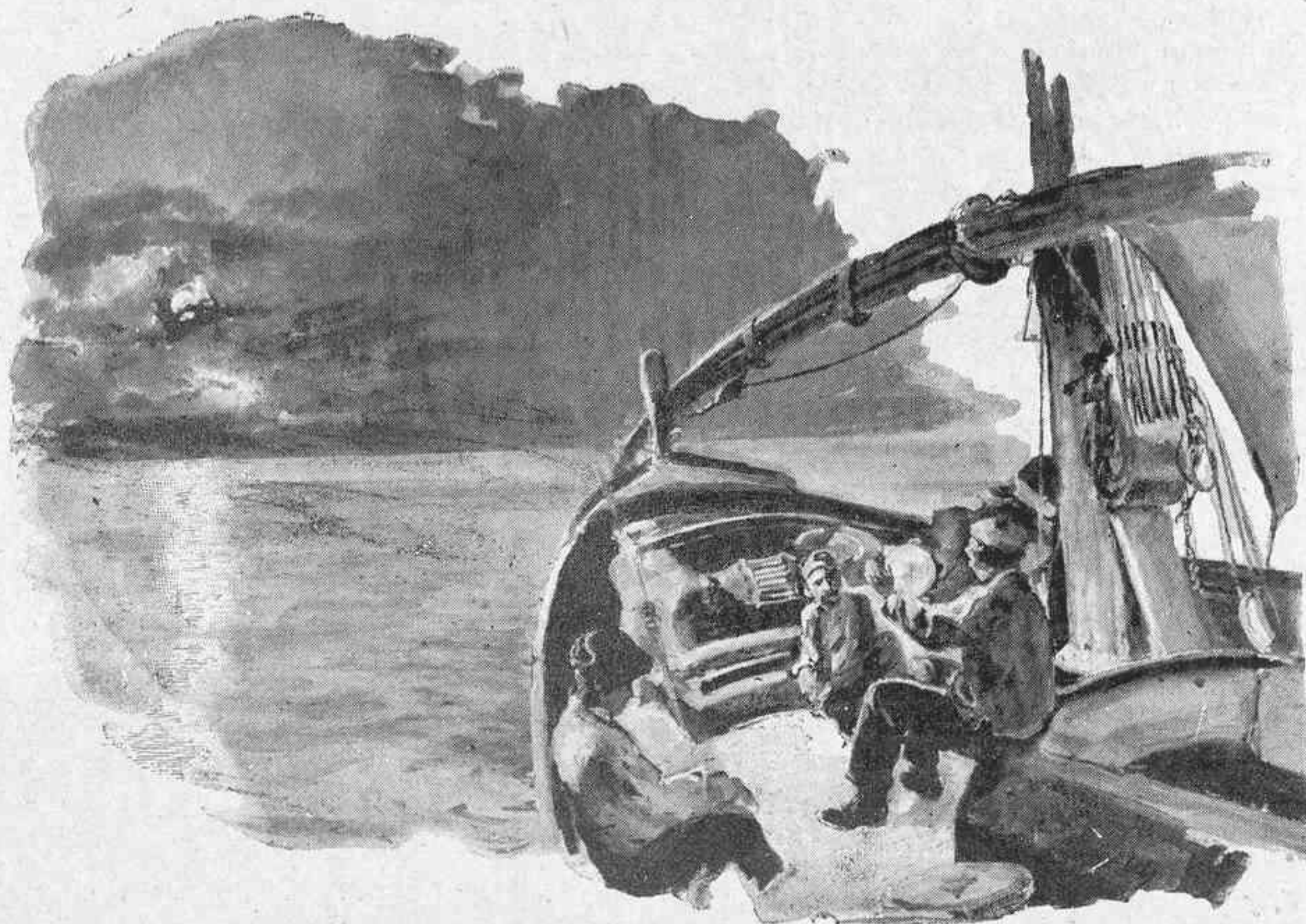
Crujen velas y jarcias:  
sorda agonía  
es el fatal remate  
de aquella guerra.  
Ya sobre las montañas  
despunta el día,  
y hay una voz vibrante  
que grita: ¡Tierra!

No hay un alma en el muelle;  
Nadie en el puerto.  
Al fin llegaste vivo.  
Canta, muchacho,  
que el pueblo silencioso,  
si no está muerto,  
por la noche pasada  
duerme borracho.

—¡Hijo!—grita una anciana,  
mientras el mozo  
aprieta la cintura  
de una morena  
y les dice llorando,  
lleno de gozo:  
—Esta noche celebro  
mi Nochebuena.

MANUEL PASO

(Dibujos de Lezcano.)



# LA NOCHEBUENA DEL REPATRIADO

## I

Estaba sentado en cubierta, bebiendo el fresco aire del mar desde su trozo de calabrote convertido en silla, ajeno á la charla que á unos cuantos metros de él traían en la proa sus compañeros, agrupados según sus simpatías, cuando un marinero le dijo con laconismo:

—¿No eres tú el amigo de ese otro sargento que tiene tres cruces rojas?

—Sí.

—Pues te llama.

El sargento se levantó, y murmurando sin concluir la frase: ¡me parece á mí que ese pobre...! y haciendo un significativo movimiento de tristeza, encaminóse á la cámara de tercera clase con el tardo paso con que á bordo se sumerge uno en el interior del buque, fascinado por la amplitud del espacio infinito que se goza desde cubierta.

En aquella ocasión explicábase aún más la repugnancia á penetrar en el vientre del barco porque la cubierta era la vida, la libertad, el aire puro, y allí, sobre sus tablas, iban los soldados sanos, ó por lo menos levemente enfermos, con sus caras lívidas es cierto, señalándoseles los huesos todos en la piel, con sus ojos sin brillo, con su uniforme de rayadillo acusando el esqueleto; pero abajo, en el sollado, oíase un continuo gemir en el silencio, interrumpido sólo por el golpeteo de las hélices y el choque de las olas contra el casco, y se veían lúgubres siluetas de hombres acostados con esa terrible quietud precursora de la muerte cercana, de la fiebre altísima, que convierte á los cuerpos en masas petrificadas é inmóviles.

El sargento se acercó á la litera en que su camarada yacía, con el gorro de cuartel encasquetado y temblando bajo la manta de munición. A los pies de la cama la raída guerrera de rayadillo dejaba ver las tres cruces rojas ganadas frente al enemigo, estériles trofeos de una bravura venida á sucumbir obscuramente en el fondo de un buque. Porque el pobre acostado se moría; bastaba ver su faz desencajada ya, con ese color terroso que adquiere la piel cuando se va á volver á la tierra.

—¿Estamos cerca de Llanes, Marcos?

El sargento, que se había aproximado á la litera, esperaba la pregunta. El pobre tísico no le hacía otra en cuanto le veía á su lado. En aquella mente de enfermo grave, que el dolor mantenía en tensión perpetua, flotaba siempre la misma idea, como flotaba en el cerebro de los demás soldados allí tendidos, como ardía en los que horadaban el horizonte con los ojos desde cubierta. ¡Llegar, llegar al hogar querido, á la casa bendita, nunca olvidada, jamás tan risueña como ahora, entrevista á través de la ausencia y de la calentura.

—¿Estamos cerca de Llanes, Marcos?—volvió á decir la voz doliente bajo la manta.

—Según el tercer piloto, pasará el barco por delante de Llanes á la media noche.

En el rostro del enfermo se reflejó un vivo pesar mezclado con una intensa alegría. ¡Iba á pasar muy pronto por cerca de su pueblo, pero en la obscuridad, sin serle dado divisar siquiera la costa que le sustentaba! Acordes de guitarra y golpeteos de pandereta acompañando á la copla de un villancico metiéronse de improviso confusamente en el sollado.

—¿Pero es ya la Nochebuena?—balbuceó el enfermo.

—Son las cinco de la tarde—repuso su amigo con afectado buen humor;—dentro de siete horas nos iremos á la misa del gallo.

—¡Nochebuena!

Un mundo de recuerdos se le despertó en el alma al pobre sargento postrado, é hizo brotar en sus párpados aquellas dos lágrimas silenciosas. Su memoria se le volvió á su ayer, buscando en los bienes pesados un lenitivo á los dolores presentes. Y se vió en otras Navidades dichosas, y no muy lejanas, yendo á la iglesia armado de pandero y palillo en la ronda de mozos, echándole luego á las chicas coplas y coplas «por debajo de todas las puertas» habidas y por haber, y vió su cocina alegrada por una buena hoguera, y á los abuelos ancianos y á los padres en la fuerza de la edad, y á los hermanitos emboados ante el nacimiento hecho por él mismo con cuatro ramas de pino. ¡Qué fecha tan feliz! No eran ricos, probábalos el que no habían poseído dinero para librarle del servicio de las armas, pero tenían que comer y no faltaba en la despensa un par de botellitas de lo añejo, que salían á relucir en la cena clásica, á la que asistía la parentela entera, hasta la novia. ¡Lloviera ó nevase, qué importaba si se hallaban juntos cuantos se querían al doble amor de la lumbre y de la familia! La guerra, la campaña en la manigua antillana, á miles de leguas de la Patria, las horribles horas de hospital, más abrumadoras con sus soledades entre muchos que las durísimas de las marchas al sol ó azotado por los turbiones; su empeoramiento su estenuación, sus días á bordo en la cama, parecieronle una espantosa pesadilla de la fiebre.

Pero aun le restaba algo más cruel. El transatlántico pasaría ante Llanes y muy cerca del pueblo á media noche. El último consuelo del momento desvanecido. ¡Ni desembarcar ni verlo!

## II

Habíase levantado el altar en el puente alumbrado con faroles. Enhiesto en aquel sitio, se distinguía, lo mismo desde popa que desde proa, produciendo un efecto singular de respeto y ternura la imagen de talla, destacando sobre la sabani-lla que blanqueaba en la noche, á las luces pálidas entibiadas por los cristales y meciéndose todo con el balanceo del buque. La mente, propensa á lo extraordinario en el contacto con el mar, llegaba á pensar si la divina aparición habría descendido de lo alto para proteger el vapor sagrado que volvía á la Patria á traer los hijos enfermos que corrieron á sacrificarse por ella.

Los nautas veteranos afirmaban, consultando los astros, que iba á mediar la noche. El pasaje de primera se acomodaba para asistir á la misa del gallo, convirtiendo las señoras en reclinatorios las sibaríticas butacas de rejilla, de cubierta, armables á voluntad, y los soldados que se repatriaban y á los que su salud permitía desafiar la frescura de la brisa á la intemperie, se agrupaban á proa haciendo frente al altar. Jamás muchedumbre alguna esperó con más unción el Santo Sacrificio. En aquel inmenso y augusto templo del espacio no había distracciones; el corazón de todos estaba verdaderamente postrado de rodillas.

Pero el cura tardaba en aparecer ante el altar. Nadie se explicaba el retraso. Un oficial de á bordo se presentó al cabo explicando la causa. El chico que hacía de acólito acababa de romperse una pierna, y se estaba indagando si había entre el pasaje quien pudiera sustituirle. De pronto apareció el sacerdote revestido en el puente. Hallábase resuelto el conflicto. Un sargento de los que se repatriaban, antiguo monaguillo, que recordaba el latín, acababa de ofrecerse á acompañar al cura.

El pasaje, paisano y militar, no pudo percatarse del drama que se desarrollaba en el puente. No hubo fuerzas humanas que contuviesen á aquel hombre que aprovechaba las últimas que restaban á su organismo moribundo para tenerse



NOTA

en pie. Cuando advirtieron su arranque estaba ya en el puente, con su guerrera, con sus tres cruces rojas puestas, erguido por la fiebre, militarmente cuadrado.

—Me acabo de enterar de lo que pasa—exclamó ahogándose,—y no es cosa de que en una noche como ésta se quede el vapor sin su misa del gallo.

El mismo terror que en los que conocían su estado produjo la aparición del sargento, les dejó suspensos, y el capellán subyugado por la abnegación de aquel hombre que iba á morir, comprendiendo que lo razonable, dentro de la sublime locura, era complacerle, comenzó la misa. Si los faroles hubieran iluminado más la obscuridad, habríase visto al improvisado acólito reprimiendo su temblor. Su voz afónica, apenas si se oía contestando al sacerdote. Dos ó tres veces vaciló sin llegar á caer, pero pudo concluir el piadoso acto.

Unas lucecitas aparecieron muy á la derecha, en la sombra, más allá de la borda de estribor. Algún marinero, conocedor del rumbo, exclamó: «Pronto llegamos á Llanes.» El sargento de las tres cruces rojas oyó el aviso, y llevándose las manos á la garganta, gritó reprimiendo un alarido: ¡Llanes! y se desplomó sobre el puente, lanzando una postrera mirada á aquella bendita tierra de promisión que no había de volver á ver y que trató de adivinar.

### III

Se le dió á la tropa un rato de asueto y un buen rancho extraordinario. La guitarra y la pandereta no cesaron de sonar en la

proa. Cada soldado echó su villancico al estilo de su pueblo. Había en aquella alegría algo de hiperbólico, como el deseo de aturdirse. Por dentro lloraban todos, y aun alguno por fuera, amparado en la sombra. Al fin se ordenó nuevamente el silencio y el transatlántico se hundió en su sueño pesado de hospital ambulante.

Poco después de recogerse el pasaje, los marineros de cuarto trajeron un bulto rígido é informe, en el que se adivinaba un cadáver envuelto en una lona. Detrás venían el comandante del buque, el capellán, de sotana y estola, y el sargento camarada del muerto. La ceremonia fué rápida é imponente. Apoyado el cuerpo, con su lingote á los pies, en la banda de babor, el sacerdote murmuró un responso ante los tres testigos, descubierta la cabeza, y bendijo después los pobres restos amortajados, con sus tres cruces rojas y su heroísmo, por la grosera tela. Apenas la bendición cayó sobre el soldado lanzáronle al agua que abrió amorosamente sus olas para

recibirlo. El transatlántico seguía durmiendo, menos las hélices. Los asistentes al silencioso sepelio se hundieron en la penumbra del vapor, y la brisa se quedó gimiendo en las vergas.

Las lucecitas brillaron en la costa más próxima y la brisa trajo en sus alas rumores de pande-retas y guitarras, ecos de jubilosas Navidades. ¡Era Llanes! El pobre sargento de las tres cruces rojas se quedaba durmiendo el eterno sueño en las aguas de su pueblo, ya que no había podido «llegar» á dormirlo en el campamento de su aldea.

A. Pérez Nieva.





**¡Señorito! El regalo de todos los años.**

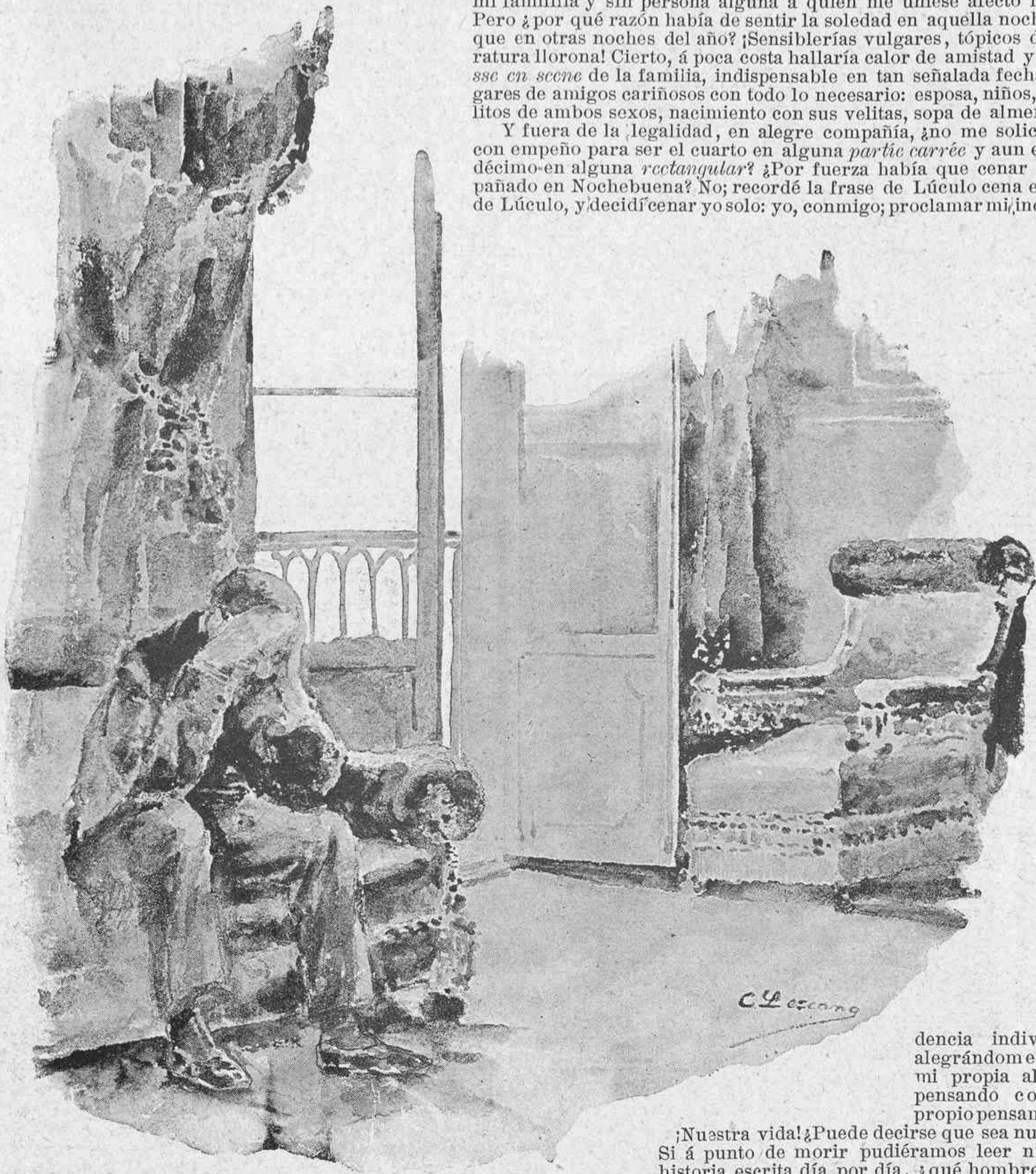
*(Dib. de J. G. y Ramos.)*

# YO, CONMIGO

(De las memorias de un "decadente,,).

Próximo el día de Nochebuena, no tropezaba con un amigo que no me molestase con la pregunta obligada: ¡Hombre! Este año está Ud. solo en Madrid; ¿dónde pasa Ud. la Nochebuena? Y á renglón seguido el ofrecimiento: ¿Quiere Ud. acompañarnos á cenar esa noche?

Más de cincuenta invitaciones rehúsé de palabra y por escrito. Era verdad; aquel año estaba solo en Madrid, lejos de mi familia y sin persona alguna á quien me uniese afecto íntimo. Pero ¿por qué razón había de sentir la soledad en aquella noche más que en otras noches del año? ¡Sensiblerías vulgares, tópicos de literatura llorona! Ciertamente, á poca costa hallaría calor de amistad y la *mise en scene* de la familia, indispensable en tan señalada fecha. Hogares de amigos cariñosos con todo lo necesario: esposa, niños, abuelitos de ambos sexos, nacimiento con sus velitas, sopa de almendra... Y fuera de la legalidad, en alegre compañía, ¿no me solicitaban con empeño para ser el cuarto en alguna *partie carrée* y aun el duodécimo en alguna *rectangular*? ¿Por fuerza había que cenar acompañado en Nochebuena? No; recordé la frase de Lúculo *cena en casa de Lúculo*, y decidí cenar yo solo: yo, conmigo; proclamar mi indepen-



dencia individual, alegrándome con mi propia alegría, pensando con mi propio pensamiento

¡Nuestra vida! ¿Puede decirse que sea nuestra? Si á punto de morir pudiéramos leer nuestra historia escrita día por día, ¿qué hombre sería capaz de conocerse en ella? ¿Quién podría decir esa fué mi vida.

Nos espanta la muerte, la idea del suicidio total, de la transformación completa, y no pasa día sin que veamos morir algo de nosotros, sin un suicidio parcial de nuestra vida.

Influencias exteriores se sobreponen á nuestra conciencia, y al vivir con los demás hombres, vivimos de su vida más que de la nuestra.

¡Solo! ¡Yo, conmigo! Así pasé mi Nochebuena. ¡Deliciosa noche! Repasé con riguroso examen mi vida entera, sacudí la mole de sentimientos aglomerados sobre mí por la herencia, por la costumbre, por las preocupaciones... Afectos familiares, respetos tradicionales, admiraciones transmitidas... ¡Liturgia de la vida! ¡Oh, en aquella misa negra del gallo triunfé rebelde sobre todo lo humano y lo divino.

Alcé una copa de *Champagne* en cada mano y brindé conmigo por mí, bebiendo alternativamente en cada copa.

De la calle subía ruido de voces, de cantares, de horripilantes instrumentos... ruido de humanidad. Concluída la cena, pasé, por no oírlo, á la habitación más alejada de la calle, me tendí sobre un diván y hundí la cabeza entre dos almohadones, apretándolos con fuerza sobre mis oídos... Ni un rumor de la calle; pero mi cabeza, con zumbido de oleaje, agitaba mis pensamientos... ¡De fuera venían todos! ¡Ruido de humanidad eran como el ruido de la calle! ¡Ni un solo pensamiento mío, todo recuerdo!...

Salí á la calle, y sin darme cuenta de lo que hacía, me uní al primer grupo de alborotadores que pasaba: borrachos y mujerzuelas. Me insultaron al principio, pero les dejé decir y no tardamos en fraternizar... Entramos en una taberna y allí bebí con ellos el vino tinto, el vino de todos; canté con ellos las canciones del pueblo, canciones groseras... (¡Oh! Rossetti, oh Annunzio!), y una de las mujeres... de todos también, como las canciones y el vino, me dió un beso.

JACINTO BENAVENTE



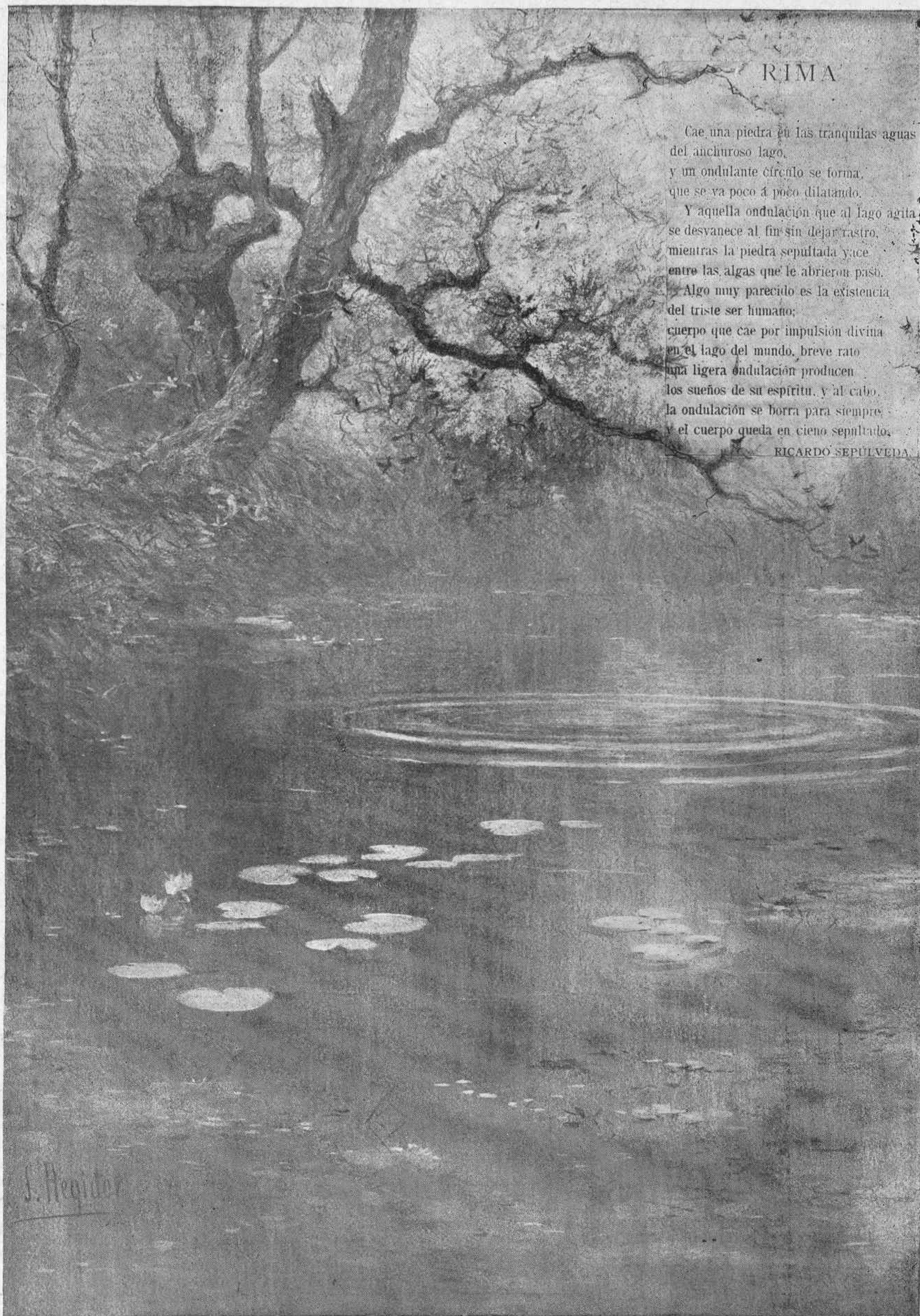
RIMA

Cae una piedra en las tranquilas aguas  
del anchuroso lago,  
y un ondulante círculo se forma,  
que se va poco a poco dilatando.

Y aquella ondulación que al lago agita  
se desvanece al fin sin dejar rastro,  
mientras la piedra sepultada yace  
entre las algas que le abrieron paso.

Algo muy parecido es la existencia  
del triste ser humano;  
cuerpo que cae por impulsión divina  
en el lago del mundo, breve rato  
una ligera ondulación producen  
los sueños de su espíritu, y al cabo,  
la ondulación se borra para siempre,  
y el cuerpo queda en cieno sepultado.

RICARDO SEPULVEDA



Paisaje de REGIDOR

# LA NOCHEBUENA DE "SALIVILLA,"

¡Todo es según el color...!

Aquella noche salió *La Correspondencia* más temprano que de costumbre. Era noche de cenar en casa, de divertirse en familia, de oír cantar á los chicos los famosos villancicos del *carrasclás*, y á redactores, cajistas y mozos de máquinas se les dió suelta dos horas antes que de ordinario.

Por eso salió más temprano *La Correspondencia*. *Salivilla* tomó de manos del capataz el correspondiente veinticinco, y sin cuidarse de la ventisca y de la nieve que con inaudito descaro se filtraba por las troneras de su vestimenta, echó á correr con el paquete debajo del brazo, dando ai aire con voz de trueno el nombre del diario.

¡Y qué frío hacía! La columna termométrica, huyendo de aquella temperatura de hielo, se había refugiado bajo la rayita del cero centígrado y ¡juro á Dios! que no osaba levantar cabeza.

Menudos copos de nieve descendían majestuosamente, golpeándose unos á otros, é iban á posarse sobre las piedras de las calles y en las metálicas monterillas de los faroles.

No era posible ver la cara á los transeúntes: todos las llevaban cubiertas, unos con el embozo de la capa, otros con el cuello del gabán, ellas con la toquilla de lana ó con el pañuelo de seda.

Las tiendas se cerraban... Los tranvías subían y bajaban pesadamente la angustiosa cuesta de la calle de la Montera, con muy pocos pasajeros en su interior...

Los caballos de los *simones* de punto, con la cabeza tocando en el suelo, semejaban fumadores adormecidos que expeñían por sus anchas narices el humo del tabaco. El frío era insoportable.

¡Buena noche la noche aquella de Nochebuena!

*Salivilla* despachó sus veinticinco *Correspondencias* en muy pocos minutos. Se había hecho con algunos abonados en tiendas y portales, y de la mano de periódicos sólo destinaba ocho números á la venta pública. Así trabajaba menos y ganaba más; pues suscriptor tenía que le daba dos pesetas mensuales por el servicio.

Nuestro pequeño héroe torció por la calle de Caballero de Gracia voceando la mercancía, y aún no había llegado á Fornos, cuando sólo le quedaba una *Correspondencia*.

—¡*La Corres...*! ¡El último número!... ¿Quién se lleva el último?

Un jovencito pálido, barbilindo, que envolvía su escuálida figura en amplio gabán de pieles, llamó á *Salivilla*, tomó de su mano el último número, y le dió á cambio una moneda blanca.

—¿Ese señorito se ha equivocado?—murmuró el chicuelo.

Y alzando la voz, se puso á gritar desafortadamente:

—¡Eh, señorito!... Que me da usted una peseta... Oiga usted.

Pero el señorito se había metido en un coche de punto, y como si el miserable jamelgo pretendiera desentumecer sus músculos arrecidos, tomó á trote largo por la calle de Cedaceros, perdiéndose de vista un minuto después.

—¡Paciencia!—se dijo filosóficamente *Salivilla*; y dando media vuelta sobre la cabeza á la mugrienta boña, sepultó la peseta en el bolsillo más grande y más hondo de su raída chaquetilla.



—Una docena de buñuelos y una copa de aguardiente de anís—gritó *Salivilla* acomodándose ante un velador negruzco de la buñolería.

—¿Traes dinero?—le preguntó la camarera del establecimiento, que tenía más años sobre su alma que manchas de aceite en el delantal.

—Pa chasco—contestó el chicuelo;—y oye tú, *Correspondencia sin anuncios*, ¿cuándo tas quedao sin cobrarme á mí?

—Enséñame los cuartos, y si no... largo de aquí—refunfuñó la vieja.

—Mira los cuartos—replicó desdeñosamente *Salivilla*, é hizo saltar sobre el sucio madero la rutilante peseta.

*Salivilla* se dió un banquete. Comió buñuelos y churros, bebió tres copitas de triple anís, se fumó un pitillo de á cuarenta, se calentó las manos ante el hirviente aceite del caldero buñoleril y salió á la calle como «burgués con guita», que acaba de llenar el estómago con ricos manjares.

—Y ahora á la cama—se dijo *Salivilla*. ¡Vaya una Nochebuena que me estoy echando al cuerpo! Decididamente, yo debí nacer algún sábado por la tarde...

La cama de *Salivilla* era una de las garitas de la Presidencia... y estaba de Dios que no todo iban á ser gangas en aquella fría noche de Nochebuena.

Cuando llegó el chicuelo frente á su dormitorio, quedóse paralítico de asombro y mudo de rabia.

El Presidente del Consejo daba aquella noche un *tete danzante*—como hubiera dicho *Salivilla*—á sus conspicuos correccionarios, y el portal de la Presidencia aparecía pletórico de luz y de porteros con libreas de oro, que se inclinaban al paso de los invitados.

—¡Man reventao la noche!—murmuró el granujilla.—San apoderao de mi alcoba... ¿Dónde estarán *Periquín*, el *Cordobés* y *Churricirios*?... ¡Aónde sabrán ido á dormir!...

Los balcones de la residencia oficial del jefe del Gobierno estaban iluminados con enormes lámparas de luz eléctrica, y á través de los cristales de uno de los balcones,—que tal vez por descuido no fué cerrado interiormente como los demás—se veían en continuo girar uniformes bordados de oro, pecheras de camisa cruzadas por bandas multicolores, estrellas militares y entorchados de generales.

El aguardiente que bebió *Salivilla* en la buñolería, aquel no interrumpido ir y venir de tantas cosas mareantes, produjeron en su cabeza un *revoloteo de sesos*, que le pareció iba á dar con él sobre la nieve de la acera.

—Aquí macurruco hasta que me eche el sereno—dijo *Salivilla*—y se tendió cuan largo era en el quicio del portal.

Y la nieve continuaba cayendo en menudos copos, y de vez en cuando, voces juveniles, alocadas por el entusiasmo, cantaban á grito herido los famosos villancicos del *carrasclás*.

.....  
*Salivilla* dormía profundamente.

—¡Despierta, *Salivilla!*—gritó á su oído una voz imperiosa.

¡Ya está aquí el sereno!—murmuró el granuja, abriendo los ojos.

Pero ¡oh, sorpresa! ¡oh, estupefacción inenarrable!

Un señor de casacón dorado, con sombrero de tres picos, calzón corto, media negra y zapato negro, con hebilla de plata, se inclinó ante nuestro héroe y le dijo con acento meliflúo, pegajoso:

—Los altos dignatarios de la corte, esperan á S. M. El Presidente del Consejo aguarda á vuestra augusta persona en su palacio para rendir homenaje de adhesión y lealtad al solio de vuestros mayores.

*Salivilla*, sentado en el escalón de la puerta, con la boca de á cuarta y los ojos como platos, escuchaba atónito al empeñilado personaje.

—¡Ea, señor!... no perdamos tiempo...

Como autómatá que obedece al secreto impulso de su mecanismo, levantóse *Salivilla*, se encasquetó la boína hasta las cejas porque el frío arreciaba y siguió al señorón de la casaca de oro, que marchaba delante de él haciendo mil zalemas y genuflexiones.

El granuja entró en la Presidencia. Los alabarderos presentaron sus armas y dieron con ellas un golpe seco en el suelo, cuando pasó *Salivilla*.

En la meseta de la escalera esperaba á *Salivilla* el Consejo de Ministros en masa. Detrás de los consejeros responsables agolpábanse en confuso hacinamiento generales, magistrados, obispos y diplomáticos.

El Presidente del Consejo se adelantó á *Salivilla* é hincando en tierra la rodilla, dijo con acento humilde y respetuoso:

—Señor: Creo merecer aún la confianza de S. M., y á mí, súbdito leal y fiel al trono que ocupáis, no podía concederme la Providencia mayor honra que la de tener bajo el techo de mi modesta casa al soberano más justo, más sabio y más grande de Europa.

*Salivilla* comenzó á comprender.

Él lo había leído muchas veces en el folletín de *La Correspondencia*, y este era un caso análogo. Un desdichado muchachuelo, abandonado de la Fortuna, que resulta al fin de la novela hijo de una reina. ¡Pocas veces que lo había leído él!

—¡Te has puesto las botas, *Salivilla!*—pensó nuestro héroe.—¡Quién lo había de decir!

La recepción, á partir de aquel instante, adquirió tonos de brillantísimo acto oficial.

Los personajes más *señorones*, esos que van en coche todos los días, «los que mandan los agentes de Orden público», los que hacen y deshacen, todos estaban allí y todos desfilaban ante *Salivilla*, besándole la mano.

Se bailó el rigodón de honor.

Una princesa rubia, alta, espiritualmente bella, fué la compañera de baile del pequeño monarca. Hacía *vis* á la regia pareja: el Presidente del Supremo, vestido de toga y con el Gran Collar de la Justicia al cuello, que tenía á su vez por señora de contradanza á la esposa del Capitán General de Filipinas é islas adyacentes.

*Salivilla*, admirado, no cabía en sí de gozo.

¡El rey!... Ya no dormiría en las garitas de abajo, ni vendería periódicos, ni le pegaría *capones* el capataz... ¡Qué suerte tan *bestial* la suya! ¡Y cómo comió el rey aquella noche!

Pavo en galantina, jamón en dulce, turrón de Cádiz, ¡y poco que le gustaba el turrón de Cádiz!, pasas, almendras, queso de bola, un banquete opíparo. Y él se servía el primero, y luego aquellas señoras tan bien puestas y tan *ricas*, y después los Generales y los Ministros. *Salivilla* comprendió que había nacido para rey.

—Ya decía yo—pensaba el granujilla—que eso de vender periódicos y dormir al aire libre no se había hecho para mí.

Se destapó el *champagne* y el rey bebió como una esponja. La cabeza comenzaba á flaquearle, y temiendo «quedar mal» ante sus dignatarios, hizo un esfuerzo de ánimo y dijo:

—Venga el Presidente, que quiero darle una orden importante.

Los comensales enmudecieron.

El jefe del Gobierno se acercó tembloroso é inclinándose ante el monarca, exclamó:

—Señor vuestra libérrima voluntad es ley inexorable para mí.

*Salivilla* se irguió con altanería y, extendiendo un brazo con trájico ademán, repuso:

—Mandad en el momento que no dejen dormir á ningún *golfo* en las garitas de esta casa. Y si cogen alguno, al Modelo con él.

.....  
Cuando abrió los ojos *Salivilla* era ya de día.

El pobrecito estaba más muerto que vivo. Había pasado la noche de Nochebuena durmiendo entre nieve.

Se puso en pie y apretóse los brazos contra el pecho para «hacer calor», y muy despacito echó á andar, mirando sonriente á los balcones de la Presidencia.

—Pocos habrán gozado más que yo esta noche. ¡Anda la órdiga! Rey naa menos... ¡Y qué bien he cenao!... ¡Si aun tengo hipo!

—Corre *Salivilla*—le gritó un chicuelo de sus años,—que van á salir *El Imparcial* y *El Liberal*.

—Voy, *Periquín*... voy en seguida.

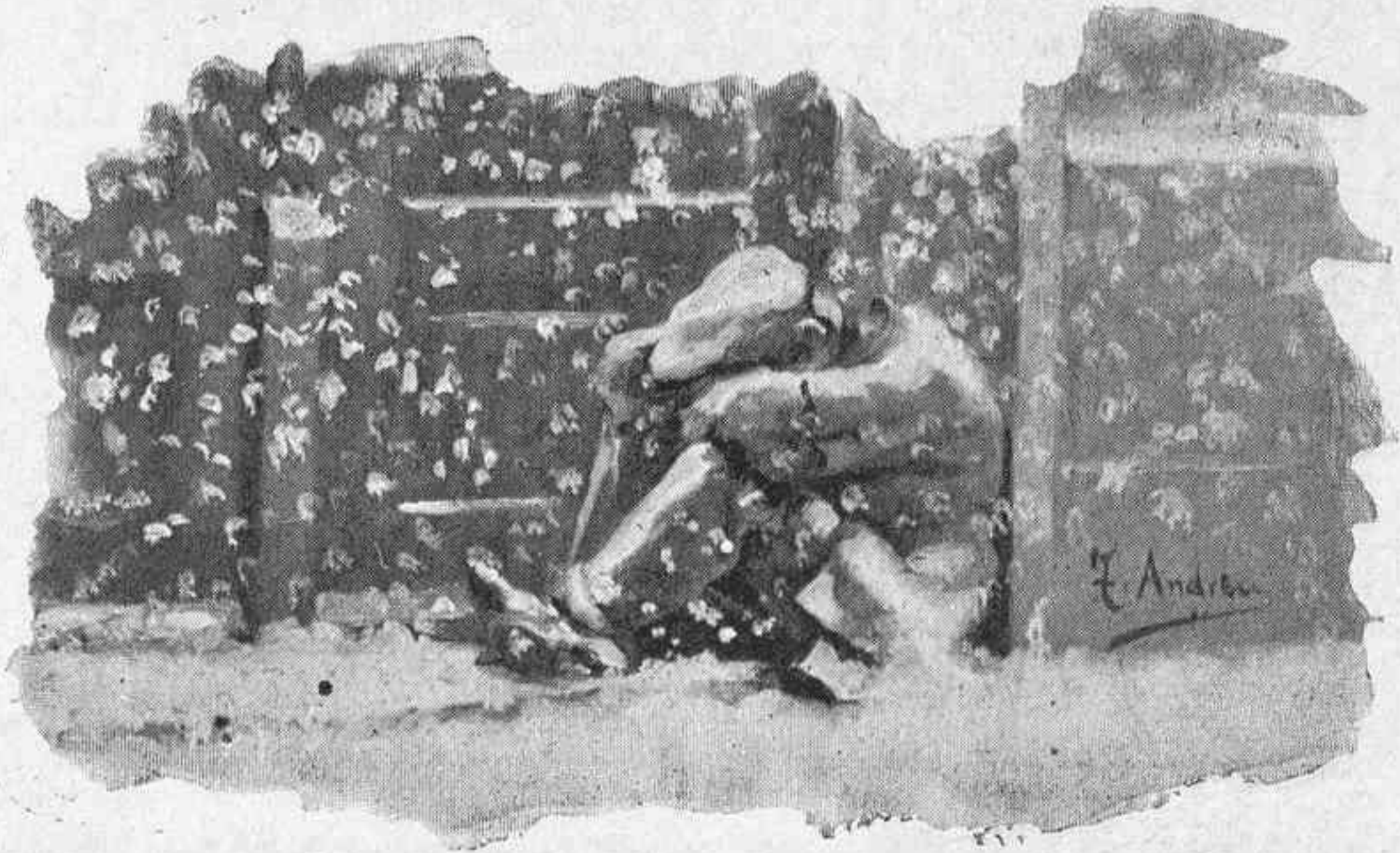
Y se metió corriendo por la calle del Turco. Y minutos después, cuando pregonaba los periódicos, con el paquete debajo del brazo, iba diciendo *Salivilla*:

—Cualquiera me quita á mí la Nochebuena que pasao... ¡*El Liberal!* ¡*El Imparcial!* ¡Y he sido rey! Rey de toos aquellos generales y ministros.

Y le parecía, aún no disipadas las sombras de su sueño, que los madrugadores que le paraban en su carrera para comprarle los periódicos, se inclinaban ante él respetuosamente, y le decían:

—Dame *El Liberal*... y perdone vuestra majestad.

JOSÉ DE LA LOMA



# EL BIZCOCHO DE LAS MONJAS <sup>(1)</sup>



En la grata confección de bizcochos excelentes son asombro de las gentes las monjitas de Chichón.

Y así como sé que hay varios sujetos cuyos favores pagan ellas con labores, cajitas y escapularios,

á mí, en pago de un escrito que hubieron de encomendarme, resolvieron obsequiarme con un bizcocho manguito.

Dicen que sor Victorina lo hizo con fe: no lo sé; ello es que puso más fe que azúcar, huevo y harina.

¡Qué bizcocho! Desde allá me lo mandaron á mí, y dije en cuanto lo vi: «¡Demontre, qué duro está!»

Sin duda llevaba mucho, mucho tiempo de estar hecho, así es que me fuí derecho en busca de un buen serrucho

para poderlo partir; mas no lo pude lograr. ¡Yo, qué modo de apretar! ¡Él, qué modo de crujir!

Con un cuchillo sencillo quise después darle un tajo, y tras de mucho trabajo, lo que partí fué el cuchillo.

Luego, para que cediera, le di un martillazo bueno; ¡y el bizcocho tan sereno, sin ofenderse siquiera!

Después, llorándole yo, de cosas tristes le hablé; pero todo inútil fué, porque no se *enterneció*.

El trance era pistonudo, y pedí auxilio á Barroso, que es heredero *forzoso* y debe de ser forzudo,

y cual si partiese leña, le hirió con el hacha impía; ¡pero el bizcocho seguía tan duro como una peña!

Desesperado, tiré cuatro tiros al bizcocho, y otros cuatro: total, ocho; ¡pues nada, ni le asusté!

Por fin, á la superiora de las madres de Chinchón

la hice saber el *tesón* de su bizcocho, y ahora

me responde que nó acierta la causa, pues para mí lo habían sacado allí del estanque de la huerta,

donde con gran interés, un sacristán, que era cojo, lo tuvo puesto en remojo desde el año veintitrés.

Así que venció á los bronces y triunfó del pedernal, tiré el bizcocho al corral, y he vivido desde entonces

sin saber el paradero que Dios le ha dado, hasta ayer, que pasé por el taller de Benito el cerrajero.

¿Sabéis lo que á la sazón era el yunque de Benito? Pues el bizcocho manguito de las monjas de Chinchón.



(1) Del graciosísimo libro de Pérez Zúñiga titulado *Cocina cómica*, recientemente publicado, y cuya edición se agotará en breve, á juzgar por el regocijo que produce á cuantos le leen.



## COSAS VISTAS

La prensa diaria ha dedicado su atención y espacio, entre otros asuntos de mayor trascendencia para España, al misterioso hallazgo en el Burgo de un hombre vestido de mujer, afeitado, con pendientes en las orejas y argollas de hierro remachadas en los tobillos.

¿Se trata de un anarquista? Así tuvo especial empeño en afirmarlo una agencia telegráfica; así pareció confirmarlo José Torts, el hombre mujer, como le llaman, asegurando que le comisionaron para asesinar al General Weyler, y que por faltar á su compromiso, le vistieron de mujer.

¿Es un degenerado repugnante, y el suceso responde á una broma que le gastaron en armonía con sus aficiones?

¿Un místico perturbado, si se cree otra de sus declaraciones, en la cual dice que se vistió de mujer para cumplir un voto?

Nosotros hemos creído curioso dar á conocer la extraña efigie de Torts, y ahí la tienen nuestros lectores.

Una cosa nueva en España.

¿Qué es un ciclódromo? Pues un ciclódromo viene á ser un aparato mediante el cual pueden celebrarse carreras de bicicletas en casa.

Unos rodillos, sobre los cuales se apoya la bicicleta, que puesta en movimiento por el ciclista, hace funcionar sobre una mesa—pista figurada—un monigote que pedalea, siguiendo al corredor que lo mueve con velocidad proporcionada á la que aquél lleva. Esto es el aparato. De aquí se siguen las correspondientes apuestas. Dicen que no puede haber *tongo*. Puede que sea verdad.



SALÓN PEDAL

(Fot. de Medina.)

# La paz en Filipinas.

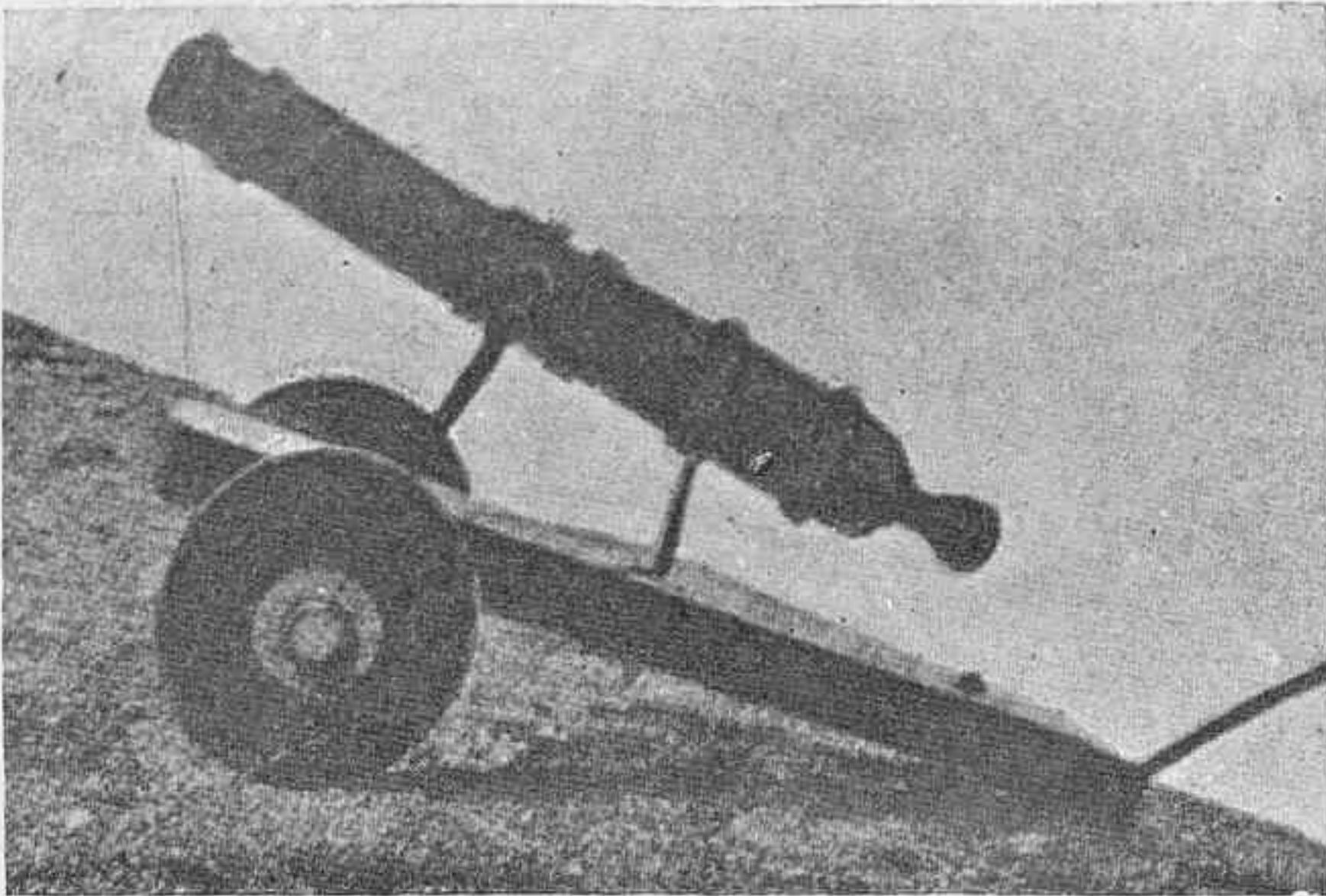


MARIANO LLANERA

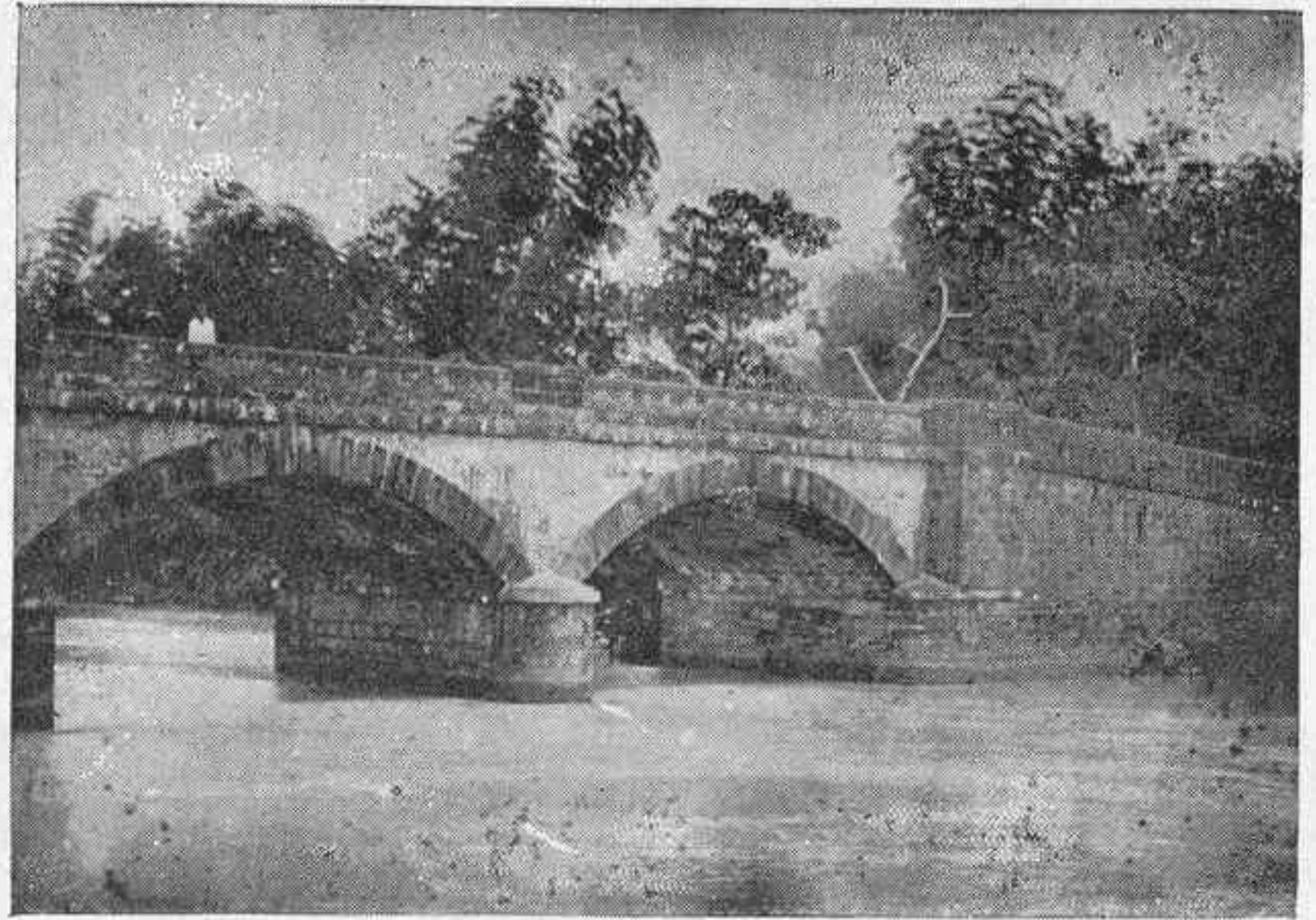
Llegó á Madrid la buena nueva de la pacificación de Filipinas, y, sin embargo, no dió el pueblo esa nota de entusiasmo á que tan propicio se muestra el madrileño cuando de venturas para la Patria se trata.

Y es que su fino instinto le decía, después de leer los telegramas publicados en un extraordinario de la *Gaceta*, que tras aquellas ambigüedades y barruntos, sólo había ofrecimientos por parte de los pérfidos cabecillas insurrectos, pero no rotundas afirmaciones.

Conocidas son de la mayoría de los españoles la falsía y la doblez de los tagalos, y más aún de los que los engañan con libertades suicidas é imposibles de subsistir en el archipiélago; y siendo así, se comprende la frialdad con que en general se ha sabido por acá la promesa de pacificación.



LANTACA TOMADA Á LOS INSURRECTOS



PUENTE DE SAN JUAN DE LOS MONTES

Los elogios y frases de cariño y respeto al General Primo de Rivera fueron unánimes, eso sin duda, y todos reconocían en tan buenos auspicios que la pericia del General y el valor del soldado lograrían acabar con la

obstinada insurrección filipina.

Cuando nuestro número salga á la calle se habrá recibido quizá la noticia que confirme lo dicho por el General Primo de Rivera en sus telegramas al Presidente del Consejo.

Así es de desear para que se reponga algo la poco halagüena situación moral y económica en que se halla nuestra Patria, digna, por el heroico valor de sus bizarros hijos, de toda suerte de prosperidades y de venturas.



AGUINALDO



BANDERA REBELDE

# DE CUBA

## *El Teniente Coronel Ruiz.*

Otra víctima de las muchas sanguinarias *hazañas* que han perpetrado las hordas de los Gómez y demás secuaces, es el Teniente Coronel, cuyo retrato damos hoy.

Valido el digno Coronel de bomberos de la Habana de su amistad con el cabecilla Aranguren, cuando éste quizá ni pensaba en irse á la manigua, quiso atraerlo al bando de España, le pidió una entrevista, y una vez obtenido esto, trató de convencer á las gentes de Aranguren que abandonasen su rebelde actitud.

Este loable empeño, generoso arranque de un hombre que al tiempo de evitar más pérdida de sangre á España, trataba probablemente de ahorrar la vida á su enemigo y adversario, fué pagado de la más traidora



y vil manera. El desgraciado Ruiz murió fusilado, pagando así el tributo á las brutales órdenes del rebelde Mayía, sufriendo igual suerte el cabecilla Aranguren.

Toda la prensa, incluso la norteamericana, ha condenado con dureza tan brutal decisión.

El Teniente Coronel Don Joaquín Ruiz nació en un pueblo de Galicia el día 6 de Octubre de 1850.

Sus excelentes condiciones de carácter le habían captado las mayores simpatías entre la buena sociedad de la Habana, y prueba de ello era que se le había concedido uno de los honores con que se honran las personalidades más significadas de la Habana: el de Coronel del cuerpo de Bomberos del comercio.



## *Salvador Barrera Ferrán.*

Es uno de los supervivientes del naufragio del vapor *Tritón*, que, como se sabe, ocurrió el 16 de Octubre último entre el Maríel y Dominica.

Salvador cuenta con gran riqueza de detalles cómo ocurrió el naufragio y cómo, gracias á su arrojo y serenidad, pudo salvarse y salvar á tres compañeros más de infortunio.

El valiente soldado se asió á un tablón que flotaba, y viéndose en salvo, dedicó todos sus esfuerzos á arrebatar víctimas al mar.

Dos militares y un paisano le deben la vida.

Los cuatro náufragos permanecieron desde las dos de la mañana hasta las seis de la tarde montados en la improvisada embarcación, hora en que llegó el vapor *Sussie*, que había recogido ya otros diez, que luchaban desesperadamente agarrados á un trozo de la toldilla del *Tritón*.

El *Sussie* continuó su caritativa misión de recoger náufragos, que por fin desembarcó á las once de la mañana siguiente en el muelle de Caballería (Habana).

Cuando ocurrió el suceso llevaba el heroico Barrera, cuyo es el retrato con que honramos hoy nuestra publicación, cinco años de servicio en la Isla, siendo por tanto acreedor á una justa y merecida recompensa, que no dudamos le será otorgada en premio á su generoso comportamiento.



# BATURRILLO

## ADVERTENCIAS IMPORTANTES

### Á LOS ARTISTAS

En fin del mes actual termina el plazo para la presentación de dibujos al CONCURSO INTERNACIONAL abierto por este Semanario.

### AL PÚBLICO

En primero de Enero próximo publicaremos nuestro número almanaque, para cuya confección no hemos omitido sacrificio ni gasto alguno. Constará de 64 páginas, entre ellas 16 en colores, en excelente papel satinado y doble *couché*, y contendrá

las firmas de los más eminentes literatos y artistas. Se venderá al público al precio de una peseta ejemplar.

## IMPORTANTÍSIMO

En los primeros días de Enero próximo estarán terminadas las pastas para encuadernar la colección de esta REVISTA, correspondiente al año 1897. Rogamos á nuestros suscriptores y corresponsales nos manifiesten á la posible brevedad el número de las que necesiten, con el fin de poder calcular aproximadamente la tirada. Consistirán las pastas en elegantes tapas

en tela, labradas en relieve y colores, y se venderán á dos pesetas, haciendo á nuestros corresponsales un beneficio del 20 por 100 sobre el importe de sus pedidos.

## BIBLIOGRAFÍA

En primero de Enero se pondrá á la venta en esta Administración la segunda edición del libro de nuestro compañero Valentin Dávila, *Presupuestos y cuentas municipales*, indispensable á los Secretarios de Ayuntamiento para poder formar con acierto dichos documentos. Precio: tres pesetas, franco de porte y certificado.

### Dos rombos acrósticos.

```

      0           0
    * 0 *     * 0 *
  * * 0 * *   * * 0 * *
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
  * * 0 * *   * * 0 * *
    * 0 *     * 0 *
      0           0
  
```

Reemplazar los ceros y las estrellas por letras que horizontal y verticalmente expresen correlativamente:

1.º, punto cardinal y cifra romana; 2.º, personaje bíblico y división del tiempo; 3.º, apellido de un conocido escritor y medida; 4.º, natural de una provincia vascongada y villa de Salamanca; 5.º, goma resinosa de olor fragante y manifestación de desaprobación ó desagrado á algún actor, orador, etc.; 6.º, piedra consagrada y dueño, y 7.º, dos vocales.

### CRUZ, por A. Novejarque.

```

      A
    A * A
  * A *
A * A
A * A * A * A
A * A * A * A * A
A * A * A * A * A
A * A *
A * A
  A
  
```

Reemplazadas las estrellas por letras, léase horizontal y verticalmente: 1.º, vocal; 2.º, tiempo verbal; 3.º, adverbio de comparación; 4.º, río de Huesca; 5.º, adjetivo femenino que se aplica á lo que tiene color de tabaco; 6.º, planta; 7.º, otro adjetivo femenino que se aplica á lo que tiene color de nácar; 8.º, adverbio; 9.º, imperativo; 10.º, en el altar, y 11.º, vocal.

### SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR

#### A la charada en acción:

RAMONA

#### A la resta de nombres:

1.º	MARIANO.....	O
2.º	MARINA.....	N
3.º	MARIA.....	M
4.º	ARIA.....	A
5.º	RIA.....	A
6.º	IR.....	R
7.º	I.	

8.º RAMONA (formado con las seis letras que se fueron quitando de Mariano hasta dejar sólo la I).

#### A la frase hecha:

BEBER EN BUENAS FUENTES

#### Al aritmético:

C U A T R O	4
C U A T R O	4
C A T O R C E	14
T R E S	3
S I E T E	7
U N O	1
T R E S	3
C U A T R O	4
<hr/>	
	40 igual.

#### Al logogrifo numérico charadístico:

LEO-VI-GIL-DO

#### Al salto de caballo:

INCÓGNITA GEOGRÁFICA

Con una capital del reino de Yemen (Arabia) y una capital del Perú formar una isla de Grecia.

#### A la charadita:

CUPIDO

#### A la sustracción y combinación:

CASTELAR.....	L
CARETAS.....	E
CARTAS.....	T
SACAR.....	R
CASA.....	A
CAS.....	S
CA	

Letras sustraídas:

● LETRAS ●

No se devuelven los originales que se reciban, ni se abona cantidad alguna por los trabajos que no se hayan encargado, aun en el caso de que lleguen á publicarse.

## FRASE HECHA



### Cuadrado geográfico.

```

0 0 0 0
0 0 0 0
0 0 0 0
0 0 0 0
0 0 0 0
0 0 0 0
0 0 0 0
  
```

Sustituir los ceros por letras que, léidas horizontal y verticalmente, expresen:

1.º, población de Italia; 2.º, río de Rusia; 3.º, ídem de la Confederación Germánica; 4.º, ídem de Siberia; 5.º, población de Suecia; 6.º, isla de Grecia; 7.º, lago del Asia.

## CANTARES

Las cerillas que yo llevo se parecen á ti, Petra: todas las que hay en la caja han perdido la cabeza.

Es lo mismo que el azogue el amor en las mujeres, se le va de entre los dedos á quien oprimirlo quiere.

La mujer pasa la vida tomándolo todo á juego: cuando deja la muñeca toma al hombre por muñeco.

Dicen que al morir un niño se ríen todos los ángeles.. ¡Cómo se conoce que ninguno de ellos es padre!

RAMÓN CUBILLO

Agencia exclusiva en Buenos Aires: Administración de El Guerrillero Español, Piedras, 874.

Agente en Guatemala: M. Bethencourt.

MADRID.—TALLERES TIPOGRÁFICO, DE ESTEREOTIPIA Y ENCUADERNACIÓN DE La Revista Moderna.